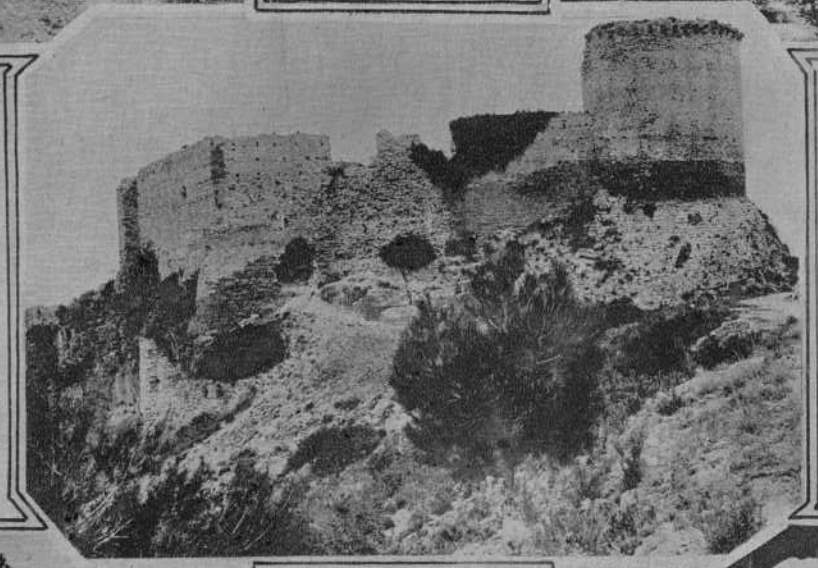
El castillo de Gelida se levanta sobre una colina con aquella gracia y situación estratégica peculiares en los constructores medioevales.

El castillo de Gelida casi arruinado por el tiempo y por la incuria



Un boquete del castillo que abre una maravillosa perspectiva

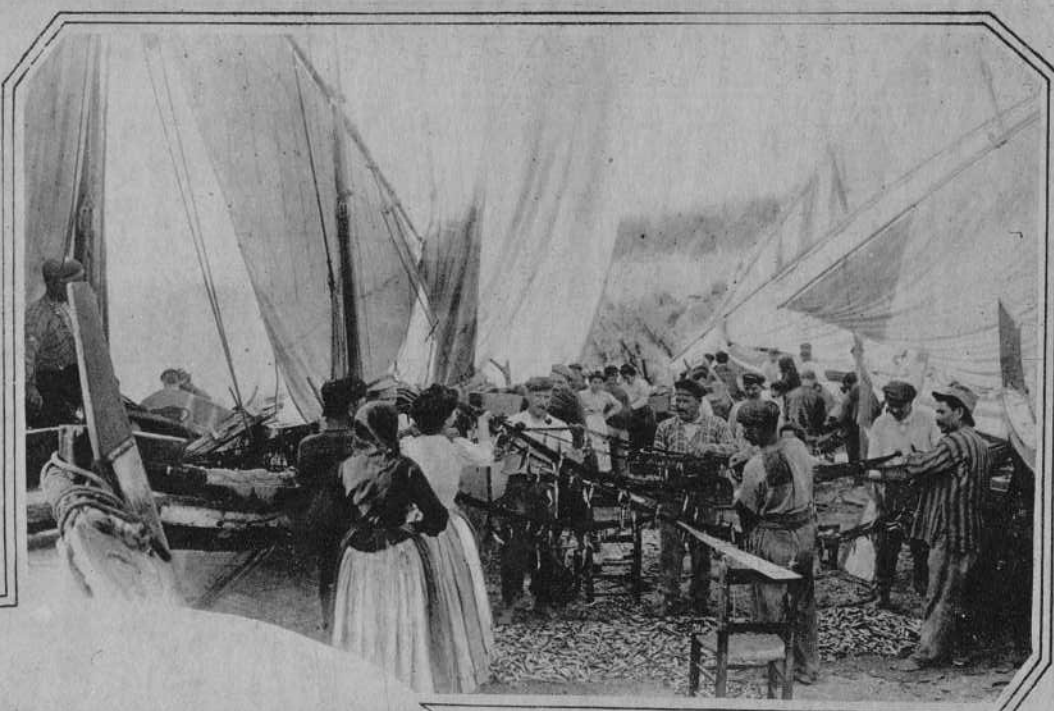
El camino que asciende hasta el castillo

Una aspillera ensanchada enormemente por los derrumbamientos

El basamento del castillo da todavía idea de su antigua grandeza

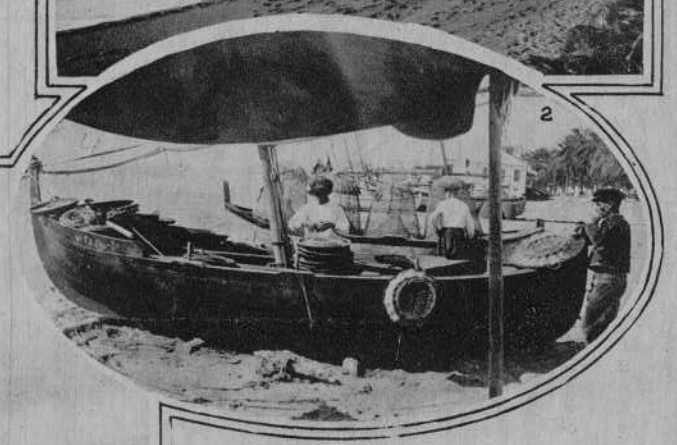
Los grandes cuadros de los Museos Españoles
Retrato de Tadea Arias por Goya
Museo del Prado

El espectáculo de nuestras playas es una eterna fiesta para los ojos.... pero la existencia del pescador es ruda y penosa



PALAFRUGELL
La pesca de la anchoa
Foto Oses

SAN POL
Momento culminante de rasar el copo
Foto Maestre

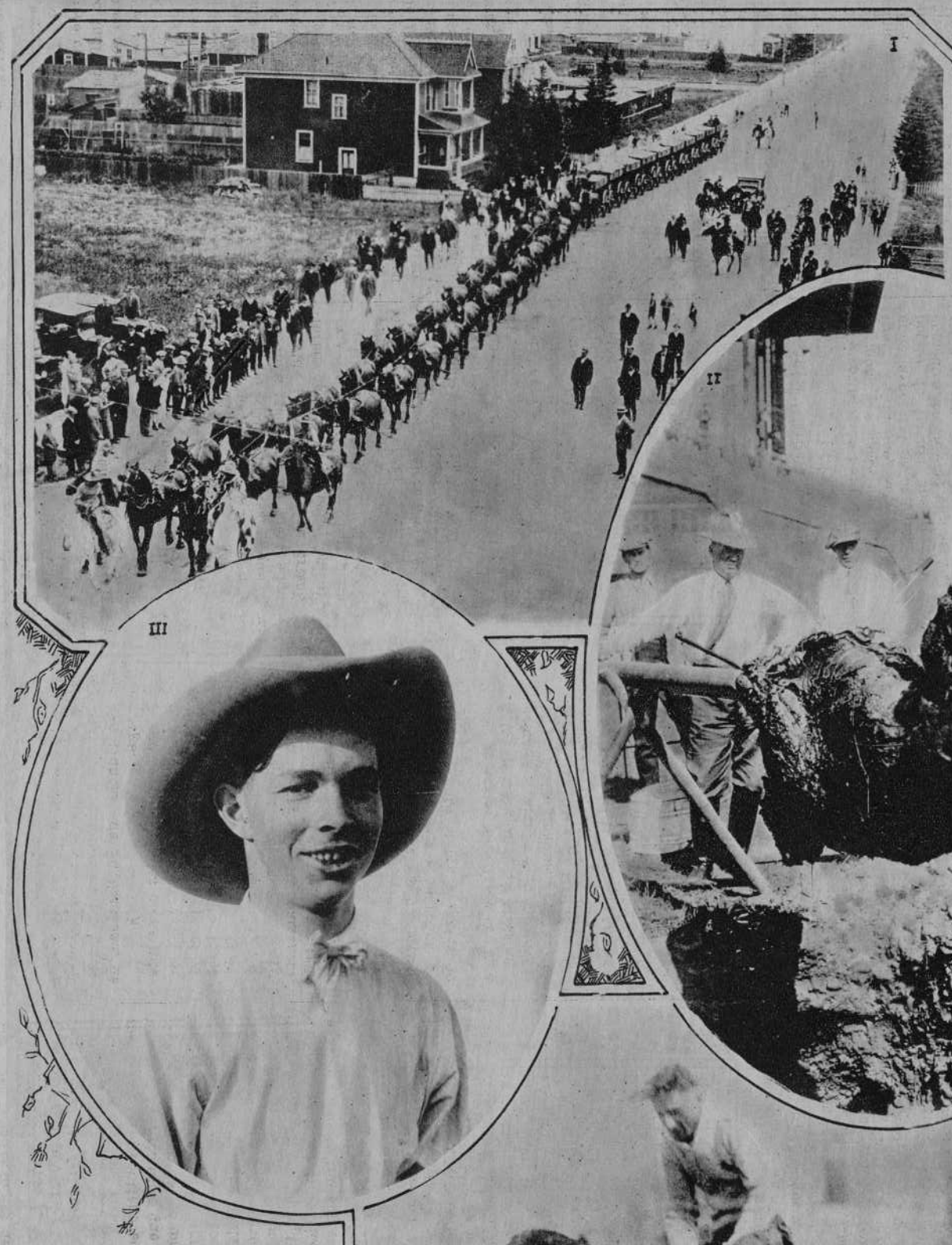


1 ARENYS DE MAR
Retirando las redes
Foto Fustero

2 SITGES
Arreglando los aparejos
Foto Jordi

3 MATARÓ
El regreso de las barcas
Foto Maestre

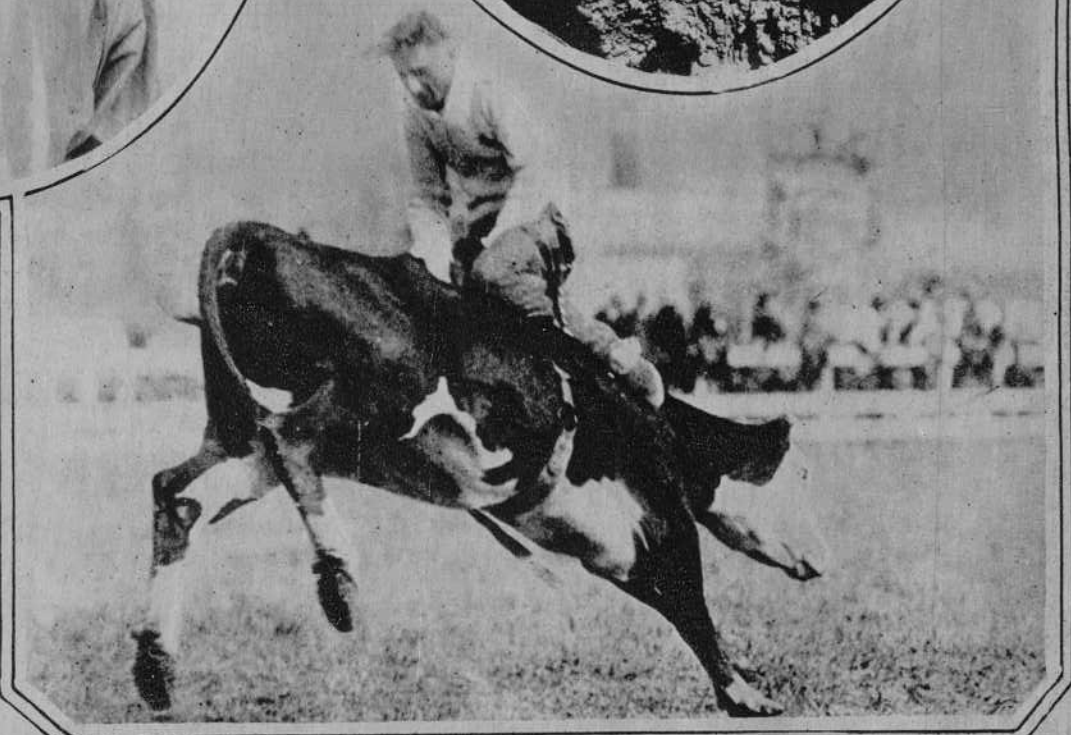
En la pradera canadiense. el arte del cow-boy



I

II

III



IV

I.- *Una prueba difícil: treinta y seis caballos arrastrando 10 coches, a través de las calles.*

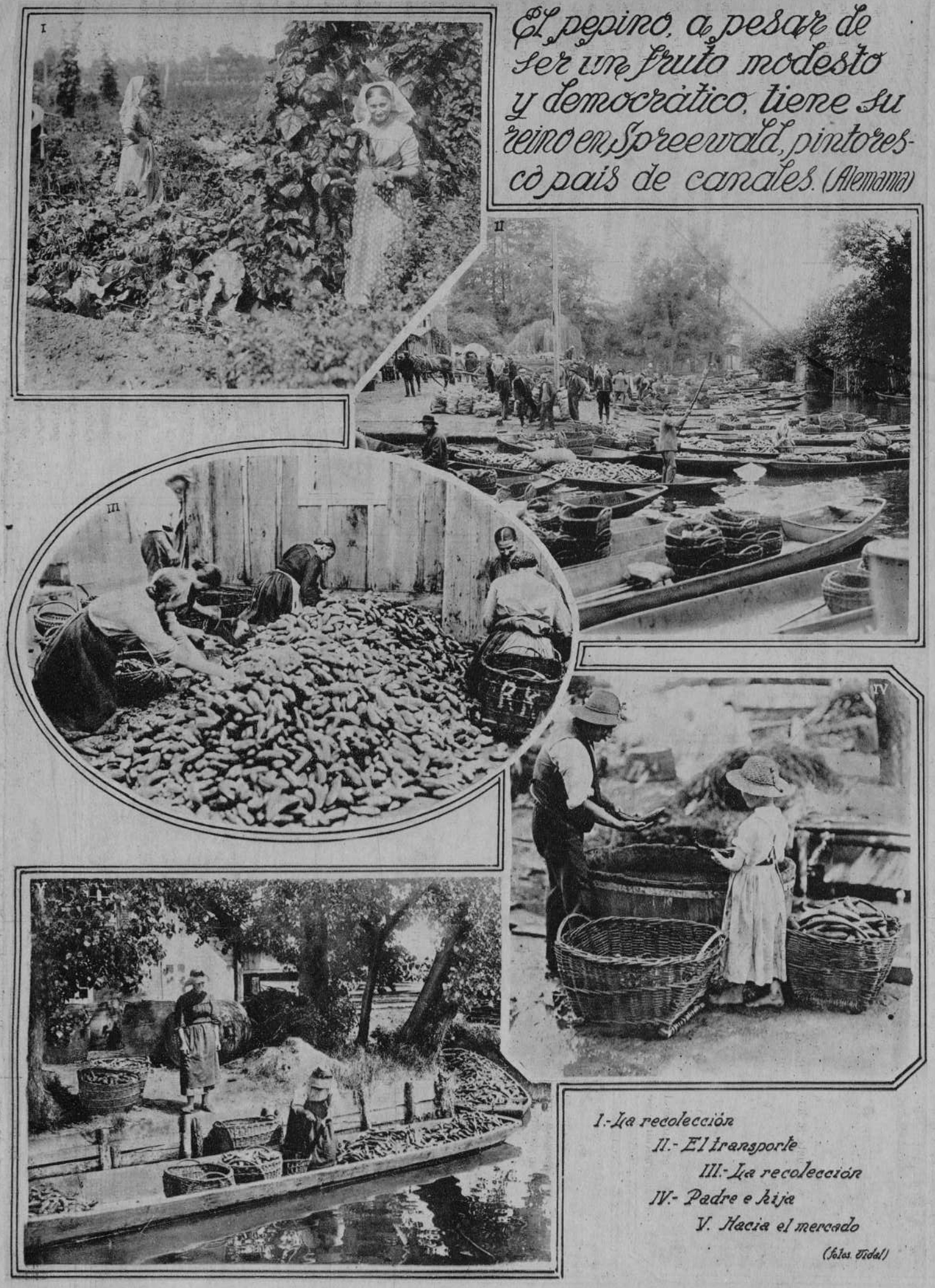
II.- *Así se asa un búfalo entero, hazaña culinaria digna de admiración*

III.- *Harry Knight, el joven campeón del Canadá en la doma de potros salvajes.*

IV.- *Quien más tiempo se mantiene sobre el novillo cerril, mayor puntuación alcanza.*

(f. Scherl)

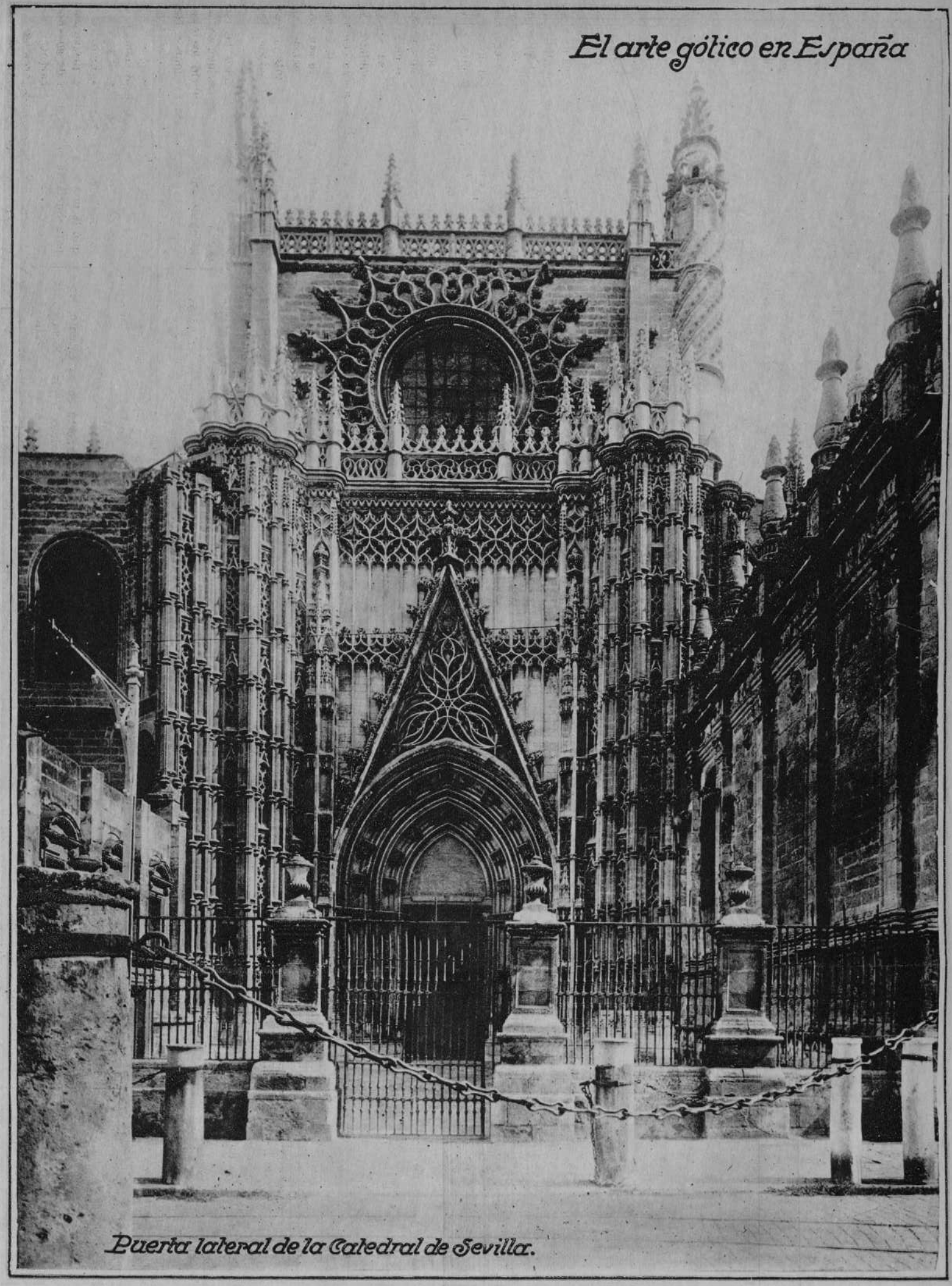
El pepino, a pesar de ser un fruto modesto y democrático, tiene su reino en Spreewald, pintoresco país de canales. (Alemania)



I.- La recolección
II.- El transporte
III.- La recolección
IV.- Padre e hija
V. Hacia el mercado

(Jules Vidal)

El arte gótico en España



Puerta lateral de la Catedral de Sevilla.

La gloria de Ramón Martí y Alsina

Una reciente exposición de obras ochocentistas, ha ayudado a los barceloneses a darse cuenta de la insigne maestría de este pintor cuyo centenario se cumplió hace pocos meses.

J. Pallarés. - Procesión en la Rambla del Centro

Martí y Alsina. - El llano de la Boquería

Retrato de Martí y Alsina por Torrescassana

Martí y Alsina. - Mujer con un cesto de fruta

Martí y Alsina. - "Els encants vells"

Simón Gomez. - ¡Viva la Pepa!

La novela del domingo

EL DETALLE DE ROSA

Novela corta, por JOSE TELLEZ MORENO

«Es usté tan chiquita que no pué con el nombre». Fué un piropo andaluz acertadísimo. Cuando se lo dijeron tendría unos veinte abriles. Unos años después—cuatro a lo sumo—, la encontramos nosotros y no ha crecido más. El del requiebro la maldijo. Ella, supersticiosa, lo afirmaba apretando los dientes: «¡Ese tío me ha secao!» Rosa—este era su nombre desde que nació en Granada—no se hallaba contenta. El día que le decían—cosa frecuente—: «comino, piñón o lentejuela», se increpaba a sí misma, llorando desconsoladamente. En su cara de china brotaba la vergüenza.

Y en realidad, no era muy razonable; porque si Dios la hizo chiquita, también la modeló con cierto esmero. Tenía simpatía, formas graciosas, jaranería honesta y, sobre todo, ojos de un ángel. Eran extraordinarios. Negros, de un negro azul maravilloso, y vivos, de un mirar arrogante... Hay criaturas que se reducen a un detalle: a los pies, a la boca, al andar, al reir...; sólo a un determinado punto de su cuerpo. Y así nuestra pequeña, con ser encantadora en su insignificancia, resumíase toda ella en sus hermosos ojos. Eran, o parecían ser, enteramente Rosa...

Un hombre joven era él, bien parecido. De alma bohemia, no había reñido con el aseo y la sencillez. Su trato era envidiable, seductor. Destacaba. Por que en esto de ser no cabe la igualdad. Hay quienes se distinguen. Es decir, que en los valores personales no cabe desear la democracia. y Ernesto era un valor. Artista con la paleta. Galante como pocos... Tuvo multitud de amoríos que, por lo menos con engaños, no le hicieron sufrir. No había hallado jamás una flecha certera que le llegase al corazón. Sólo tenía paladeadas débiles emociones. Sin embargo, no lo creía él así. Dudaba de que hubiese honduras más intensas que las ya conocidas. «Había amado mucho...»; había tratado a muchas..., en ocasiones ardiéndole en el alma un ansia enorme de que le sedujesen, con una seducción ilimitada!... ¡Su espíritu, amante de juguetes, le pedía uno perdurable...! ¡Y no lo hallaba!...

Dueño de una magnífica fantasía, teníase trazada una visión de lo que había de ser: «un hombre dolorido, con dinero y con nombre, pero sin lo esencial: sin un objeto dulce, sin la criatura santa que lo hiciese cautivo.» «¡No habría armonía en su vida!...» Tampoco concedía que la tuviesen los demás. ¿No la anhelaba él? ¿En dónde estaba? «La armonía—decíase—es una ridícula ficción.» El seguiría igual, dejando que le amasen, para no amar nunca. La hembra más duradera en su constante galanteo, era la que tenía: María-Luisa, una rubia gloriosa. Ella le amaba; mas él correspondía, pícaro y pasional, con los sentidos del placer... Y ocurrió cierto día...

II

Fué de noche, sobre las diez, en la Carrera de San Jerónimo. Solo, denotando gran prisa, entró en la calle por la Puerta del Sol, el simpático Ernesto. Habría andado unos pasos, cuando paróse secamente. Cortó el andar, como si a cuatro dedos de su garganta le hubiesen presentado una cuchilla. ¡Bella cuchilla! Fueron unos ojos desconocidos que iban pegados a la divina cara de una muñeca. Le hipnotizaron sin consentirle que siquiera pensase. Quedó el hombre resuelto convertido en estatua; pero movible, girando hacia un objeto sin que sus pies se estremeciesen.

Halló los ojos que le pararon junto a una luna ancha de cristal. Tenía el escaparate luces verdes y rojas. Y los ojos del cuento, en escenrio semejante, envueltos en rarezas de colores, eran dos fantasías bellamente embrujadas. Sensible a lo grandioso, chocó Ernesto con ellos y quedó seducido. Ella, el diablo bonito de los ojos, ajena en absoluto a la sorpresa dada, se mantuvo en su sitio un corto rato, viendo abanicos, bolsos, sombrillas... El, entre tanto, donde paró seguía sintiéndose invadido de raras emociones, una detrás de otra, sin definir ninguna. Vivía un aturdimiento sonriente, plácido en su inquietud.

La muñeca graciosa movióse un poco, notó que la observaban y se puso a temblar, corrida, avergonzada. Porque pensó al momento: «el señor se me ríe de mi pie de estatura». E indignada, rabiosa, pasó delante de él, diciéndose a sí misma, aunque la frase era para Ernesto: «ríase usted de su abuela». Le miró retadora. El quiso hablar y no acertó. Se satisfizo contándole los pasos, cosa difilillla. El breve taconeo del piñoncito se ganaba el terreno de una manera inconcebible. Pronto dobló la esquina, renegando del hombre «desabrío» y «mala pata» que pareció querer comérsela.

Y el «desabrío» continuó, perdidos ya de vista los ojos de la bruja, pegado a la baldosa. Pretendía examinarse y no sabía. Su aturdimiento era profundo. Tenía aún en sus ojos los perdidos... Perfumada y lujosa, provocativa como un tesoro ,apareció en la calle María-Luisa, la magnífica rubia. Le hizo hablar y le arrancó del sitio. Intentó estremecerle..., apretándole un brazo. Sabía hacerlo; pero no pudo ser en aquel instante... «A Ernesto le ocurría algo transcendental...»

—¿Es cierto, rico?

—Pide..., pide café...

Habíanse sentado en la «Granja», donde permanecieron en silencio, él con sus «brujerías», e intrigada la rubia, dos, tres horas... Al día siguiente, en casa, al despertar Ernesto, recordando la escena de la noche pasada, rió ansiosamente, tratándose de bobo sin la menor piedad. «¡Qué estupidez!»

III

El corazón, donde existe, domina. Hace de propulsor inexorable... Contra el cómodo plan que le trazaba a Ernesto una lógica absurda, surgía otro distinto que le imponía el corazón. Este le hacía sentir, de una manera obsesionante, algo que su incredulidad no consentía. Era grotesco. Pretendía reir, como lo hizo al principio, y el corazón le tapaba la boca, reconcentrándolo en sí mismo, para hacerle anhelar un tropiezo feliz con la muñeca endemoniada. «¡Pero qué disparate!»; y otra voz le decía: «Algo te acerca a ella...; abrázate a la vida...»

Sin querer, acataba el imperio de una ansiedad inexplicable. Porque las ansiedades son así: imperiosas, tiránicas... Una serenidad resuelta que jamás le faltó, comenzó a flojearle. Inútilmente, con los pinceles en las manos—cosa que practicó cien veces en casos anteriores—quiso desentenderse, quiso apartar de sí la perenne presencia de los ojos extraños, subyugadores. Imposible. ¡Los ojos infernales le quemaban! Bufando de coraje abandonaba la pintura. Se oponía a vestirse; pero lo hacía en contra suya. Decíase con firmeza: «¡No tengo a qué salir! ¡No me voy a la calle! Pero tardaba en dejar la casa lo que tardaba en colocarse un traje de paseo.

¡A la calle! ¿Pero a qué? No sabía ra sentir y boca para hablar... Inquieto, ansioso, en asedio constante, llevaba quince días: Loco por encontrarla, odio le había tomado a la bruja de china, al temible juguete de ojos maravillosos.

IV

La iniciación de un sorprendente atardecer. En la tonalidad, una tarde de ascua, de llama, de sangre. ¡Hermosa tarde roja que lo enriquece todo, dándole juventud al rostro anciano y languidez voluptuosa al cuerpo joven!

El estudio de Ernesto, alto y libre, con las persianas levantadas, era un rincón en lumbre. El pintor, sin obsesión en el espíritu, en hora tan espléndida, hubiese disfrutado intensamente. ¡Y no lo hacía! ¡No podía! ¡Recorría la estancia fumando sin cesar, cogiendo objetos para dejarlos en seguida, ocupando una silla, otra al momento, el diván, la butaca... Un moverse constante digno de compasión. En apariencia tascó el freno un poquito. Se le acercó, radiante de belleza, provocativamente perfumada, elegante y mimosa la gentilísima María-Luisa.

—Hermoso, he dado tu orden: en vez de un «simón» vendrá un «auto». ¿Se te ocurre algo más?

—No, respondió el artista—. No había oído. Y ella, simpatizando con el silencio de su «rico», se dió en reir un poco. Era la suya una risa incitante, graciosamente halagadora. A cualquiera le hubiese cautivado, y a Ernesto le enfadó.

—¿Te enfadaste, riquín?

Creyéndole conocer le cogió los cabellos, se los llevó a los dientes y le dió unos tirones. Sonrió el enfadado. Y la mujer, sintiéndose triunfante, se le sentó a la vera, en la misma butaca. Amable y dulce, pícara y grata, pellizcándole un labio le espetó:

—Chico, todos los enojados mueren de aburrimiento. ¡Alégrate!... ¿No? No lo siento por tí, que no te lo mereces...

En la boca de Ernesto sorprendió María-Luisa una sonrisa desdeñosa.

—No seas malo, riquín... Pónme tus ojos en los míos...

Vehemente, rápido y loco, obedeció. Pero fué un segundo; arrepentido, agachó la cabeza. Ella, esta vez dolorida, dobladillóse el entrecejo. Trabajó el pensamiento, cosa que al fin la hizo que sonriese francamente, sin ironía secreta. Y habló de nuevo:

—Ya se te pasará, feucho... No creas que no te noto la inquietud. Veo que estás muy nervioso desde hace días. Pero me es agradable y no te riño. Lo irritante es vivir como los bueyes: siempre en la paz. Eso es ridículo. ¡La emoción, busquemos la emoción!—Ríe—. Me río de lo aplicada que me veo. No me has oído nada mío; todo es tuyo, pillín...

Intimamente fracasada, pues el silencio en él, un silencio de hielo, era respuesta taladrante, se irguió y separóse un poco del artista. Temblorosa, se entretuvo en romper, hoja por hoja, unas violetas que llevaba prendidas en el pecho, turgente y modelado. Así permanecieron hasta que presentóse una criada que avisó:

—Señorito, el «auto» está a la puerta.

La peregrina hembra interrogó con la mirada y fué correspondida. Resuelto, pesaroso quizás de haber estado fuerte, con violencia grosera al tratar a su amante, se le inclinó, le crugió un beso y fuéronse los dos, contentos y alocados, como niños traviesos, a volar por Madrid. Recorrieron parques, jardines, paseos, calles, medio Madrid, en carrera veloz, rauda, vertiginosa, aspirando en muchos sitios el sahumerio generoso de una vegetación exuberante, tocados de ternura, queriéndose de veras.

La inesperada transformación de Ernesto, transcendida al besar a sentimiento, se había ido ensanchando, robusteciendo, enardeciendo. Ella, sabía en las sutilezas, al sentirse besada puso en su esplendidez la valentía del fervor, de un fervor anhelante, ébrio de picardías y lleno de arrogancias. Supo hacerse la flor ambicionada. Convirtióse en reina ansiosa por seducir a un bello esclavo. El brío casi indomable del correr que llevaban, el derroche de aromas de los caminos recorridos, el amoroso incendio de los ojos galantes, los temblores felinos de un cuerpo bien tallado, cariñoso y gentil, hicieron del artista, momentos antes loco e insensible, otro loco más bueno, un loco del amor desenfrenado y absorbente. Olvidado del mal de su fascinación mortificante, era todo de ella, de la rubia magnífica. Con imprudencia jugueteaban, chocaban besos. ¡Milagroso paseo!

Mas el destino, cuando nos sale al paso para trazarnos ruta, es decir, un sendero distinto al conocido, no suele hacerlo con el propósito de rendirse. El vence en todo instante. Para ridiculizarse... se quedaría en la morada impenetrable de sus descantos engañosos. Nos dejaría vagar, ir por donde quisiéramos, en alas de la suerte, voluntariosa, firme o desordenada. Y a Ernesto le salió, se le cogió del brazo, dispuesto, como siempre, a llevarse el triunfo.

He aquí, saliendo de la calle de Peligros, anochecido ya, y en un minuto amante de halagador olvido, queriendo tiernamente a quien llevaba al lado, que le surgen «los ojos», los peligrosos ojos de la bruja. Como la vez primera quedó tallado en piedra... El «auto» había parado, interrumpido el paso por otros carruajes. Intrigada con esto María-Luisa, pues la irritó el que cortasen la carrera, no reparó instantáneamente en la actitud de su querido Ernesto. Y al dirigirse a él exhaló un ¡ay! de asombro. El artista, de pie, con los dedos crispados y extraviados los ojos, miraba hacia lo hondo de la calle. Asustada le habló. Al mismo tiempo, el «auto», con lentitud, reanudaba la marcha. Fué requerido Ernesto inútilmente para que se sentase. Y ocurrió algo distinto, algo que a la rubia ideal le produjo pavor. Su amante saltó del «auto» a tierra, y en un tris se perdió de vista. «¿Estará loco?—angustiosa pensó así de él la soberana abandonada. Aturdida, estremeciéndose de miedo, después de una espera impaciente y dolorosa, le ordenó al conductor que la llevase a casa.

V

Los magníficos ojos, con su pedestalito torneado, doblaron la esquina de la calle de Jardines. Fué en este instante cuando Ernesto dió su asombroso salto, para correr empujado, pisando, atropellando a quien se le opusiese en su camino. Llevaba una oración...: «¡Que no se le perdiese!...» Pronto se vió casi a su lado... Honesta y firme, resuelta y seria, andaba «su muchacha». Más de cuatro personas no la veían. ¡Era una nuez-

Ernesto, cerca de ella, perdió la decisión. Su ansia inmensa de hablarla le dejó sin amparo... El corazón más decidido, el más audaz, por exceso de bien, o en un espasmo hondo de congoja, siente vacilaciones, miedo de avanzar un poco en el afán más anhelado. El, dichoso como nunca en aquel instante, no ponía en práctica lo que constituía su ilusión. Iba de falderillo zalamero, continuando el curso que ella trazaba. Silencioso y risueño, encantado y feliz, sentía un supremo orgullo apretando los pies donde el «comino» delantero colocaba los suyos, que lucían tafilete, unos zapatos diminutos como dos medallitas.

Menos atolondrado que en sus días de ansiedad, ya reparaba en toda ella. «Era el dibujo de un camafeo. Bonita, deliciosa...» ¿Y qué era aquello, Señor? ¿Por qué lo seducía? ¿Por qué la hallaba grande, desigual de las otras, de las muchas amadas? ¿Por qué mil veces más bendita que la rubia perfecta, enamorada de él?»

Un brinco, cualquier ondulación, un movimiento de cabeza, cosa que hiciese la chiquita, para él tenía un hechizo. Mas sobre todas estas cosas, aunque ya le agradase reparar en la criatura entera, sobresalían «los ojos». Los llevaba en el alma, reinando en su albedrío de manera imperiosa. Ellos habían sido el destino, ellos el guía, el poderoso ídolo que hizo la conversación. Ellos pues orgullosos, podrían llevar el mando.

La muñequita, casi a punto de entrar en la Red de San Luis, notó que la seguían. «Y era un señor—se dijo—a quien quería reconocer...» Hacía memoria. Disimuladamente volvía la cara y le miraba... «¡Ea!, que apostaría—pensó— a que lo conozco.»

Un vendedor de periódicos le cortó el soliloquio:

——«El Heraldo», con la cogida y muerte de «Juanele»!.

—Traiga usté—le dijo al vendedor, el cual, diligente y vivo, le despachó un «Heraldo». —Y oiga usted, agregó ella— ¿por qué lo ha matao er toro?

No se le oyó palabra al pregonero. Dos pasos más abajo un hombre bien portado reía con ganas. Era Ernesto, a quien la ingenuidad de la curiosa le hizo mucha gracia.

—¡Bah—exclamó la «nuez», advirtiendo que reían por su dicho—. ¡Lo he hecho tilin ar poyo!

Y despectiva y enfadada reanudó su camino. El intentó un desagravio. Pensó acercarse a ella, abordarla, suplí-

arla el perdón; pero faltóle arrojo. e cohibía aquel palmito.

Un poco más arriba, dentro ya de a calle de Hortaleza, un arrogante mozo de brazos cortados, le pidió una imosna a la chiquita. Esta se le acercaba, antes de oir pedir, sintiendo como propio el dolor de aquel hombre, rubio, joven, robusto, ¡pero inútil! Y al darle la moneda, le riñó:

—Hijo, no está bien que le «farten» los brazos.

Le hubiese dicho más, de no haberla espantado con su risa el «desabrío» de Ernesto. A este, aquélla le hacía que la fascinación le progresase. «Qué encanto de muñeca!» Pero veía que la enojaba demasiado. Ella, más irritada que antes, le dió presteza al paso y refunfuños a la boca. «¡Qué monería de hombre!» Mas era lo evidente que no la molestaba mucho el «que un señor tan guapo, algo mayor que ella, la siguiese, al parecer con alguna intención... ¡Pero era muy permaso!...

—Oigame, señorita...

—¿Eh?—La asustaron. Se le acercó sin esperarlo. Y añadió:— Hijo, yega usté como un tiro: de pronto. Y bueno... hable usté. ¿Pa qué se aserca usté?

—Para...

No había palabras. Sentía la timidez, una profunda timidez de colegial, por vez primera en su vida. ¡Además, miraba a la muñeca de una forma embobada tan notoria, que ella, viéndole gracia a aquello, dióse en reir sin cortedad alguna.

—Poyo, ha yegao la mía... —Reía sin miedo, con la satisfacción de una venganza encantadora.

—Háble me, hijo, háble me. Diga lo que desea. Porque supongo que usté no será un guardia.

—No, señorita...

Recriminóse mentalmente: «¡qué respuesta había dado!»

—Lo selebro... Bien, ea!, dígame... Vaya! Repare en el compromiso que me pone. No es muy cristiano que me compañe usté sin conocerle. Es más, que una pué tener lo suyo...

—¡No es verdad!

—¿Eh?

—Perdóneme; no sé lo que la digo.

—Bueno, pero que lo perdone er Nunsio.

Hicieron un silencio. Los dos, anonadado él, y nerviosa ella, lo disfrutaron. Juntos, inexpugnables, sentíanse felices. Y así llegaron hasta la calle de Santa Engracia, donde habló la brujita.

—Ea, lárguese ya, que abusa usté

—Hasta su casa, señorita. Por caridad.

—¡Jesú! Es una lástima que no le arten a usté los brazos. A usté le hubiera dao una gorda.

Más afianzado en sí menos desconcertado Ernesto, halló palabras y se mostró elocuente. «El era más cruel; si no hubiese dado nada de haber sido «la ciega». El diablillo sintióse reconocido, halagado. Aquello le gustó. Pero le hizo saber que era un mal corazón. El lo sabía y no ignoraba que a la par que era lo suficientemente bueno para adorar a ella. Poco después iban serios, sosteniendo el diálogo activo, razonador, convincente... aunque ella no cejase en suplicar que la dejase sola. Llegaron a la esquina de la calle de Sagunto. Y aquí paróse ella, interesante como un apostol.

—En fin, déjeme ya. Vivo en er cuatro de esta caye.

—Quiero volver a verla.

—¿Por caridá también?

—No; porque usted me lo exige.

—¡Dios mío! Usté está loco.

—Seguramente.

—¡Digo! tan apañao... Bueno, si quierusté que sea por caridá, puede volver a verme. En er tersero, derecha... con er permiso de mi esposo, tiene usté una casita. Abur...

Le dejó boquiabierto. «¡Con el permiso de su esposo!».

VI

Transcurrieron los días en los que Ernesto resistióse ir a verla. En realidad fueron dos días mortificantes. Los días de anhelos enemigos; unos que, aún no ignorando el estado de ella, le impelían a buscarla, y otros que le inducían a motejarla de coqueta y vulgar, aconsejándole en conclusión que la olvidase. Si era casada, se había burlado de él. Y no es que la asustara para amarla el saberla consorte. Sus ideas en amor, eran amplias y libres. «El amor—se decía—no sabe de prejuicios; se ríe de mentiras». Lo que le predispuso en contra de ella, sólo cuando la ira y la impaciencia le ganaban, fué la imprudente burla. Rióse de él sin tasa y al fin le chasqueó. «¡Era una más!». Volvía a sus pesimismos amorosos. No era posible. Todas eran hermanas. Jamás, jamás habría una que le encantase para siempre o que alcanzara al menos un sincero dominio sobre él. «¡Estaba condenado!».

Pensaba en María-Luisa. Era una hermosa hembra enamorada de él. Y él la tenía voluntad..., tan sólo voluntad. Nunca le había dominado. Tuvo triunfos pequeños en horas de placer. Pero en las horas del espíritu, él quedó siempre libre, siempre haciendo sus gustos, sin pensar en si a «ésta» o a «aquélla» le podían complacer. No tenía, en fin, quien le pidiese satisfacciones; no tenía una cadena que soportar lleno de orgullo, que es lo que ambicionaba, cansado, hastiado de ser dueño absoluto de todos sus cariños. Le persiguieron siempre; no persiguió jamás. Y la primera reina, de pequeñez ridícula, que habíale hecho seguirla con emociones nuevas, con ansias increíbles le chqueaba absurdamente.

Sosegaría, resignaría el alma, obligándola a contentar a María-Luisa, que, en verdad, lo tenía ganado. Le quería ilusionada.

Examinaba mal. Los pesimismos eran rápidos. Lo era todo la «bruja». «No se le había burlado—pensaba—; más bien habíale puesto un acento rotundo, firme, a su fascinación». La recordaba a cada instante. La veía mandándole, imponiéndole: «tú me sigues a mí, porque yo te lo exijo. Tú te acercas, me hablas y me adoras, porque ese es mi deseo» Y complacíase en hallarse obediente. Los ojos triunfadores los veía como a faro que le abría paso al cuerpo, al corazón y a toda ella. Habíase cegado. Le parecía grandiosa. Un cuerpo de juguete, un corazón de santa, una imaginación de niña, una gracia de virgen vehemente y expresiva y unos ojos de bruja fascinadores, dominantes. ¡Lo que necesitaba! Se lo decía su sentimiento; iría detrás de ella sin escrúpulos ni temores. La raptaría si era preciso para que fuese su tirana, la que hiciese de él lo que quisiera. Hubiéramos creído que era un niño sin madre.

Le venció el optimismo en dos días de lucha íntima y persistente. Sin pensar en pretextos, sin recelar de nada, se decidió. «—A verla... con el permiso de su esposo»! Era alarmante el gracioso «permiso»; le hacía sonreir burlonamente.

Antes del medio día llegó a casa de Rosa. Ya se enteró del nombre, aunque poniéndolo en reserva. Fué que encontró en la puerta el siguiente rotulito: «Rosa Clemente. Manicura». Desconocía este detalle último, el cual le hizo que se intrigase mucho más. «¿Casada y manicura?» Lo creyó un disparate. Fuese o no así él llamó, que es lo que deseaba. Y una anciana jovial, vivaracha y simpática, salió a abrirle la puerta. ¡El no advirtió que se alegró la vieja!.

—¿Er señó qué desea? En qué le soy útil.

El acento andaluz de la señora, el corte de su cara igual al de Rosita, y la amabilidad con que le recibían, le hicieron afirmarse en su creencia: aquella era la casa de su tirana. Sin embargo...:

—Perdóneme, señora; todavía no sé si será esta la casa que yo busco.

—Creo que sí; pase usté.

—No, no... —repuso sin saber lo que decía. La franqueza andaluza le turbó un poco.

—Bien, quédese aquí; pero le sacaré una silla.

Riendo esta vez negóse al buen deseo de la anciana. Se encontraba hecho un lío. No acertaba a inquirir.

—Perdóneme...

—¿Otra vez?

—Tiene razón...—Y el pensamiento le previno: «esta gente se burla de su sombra».

—Ea, diga usté... A ver si me he engañao. ¿No es usté er cabayero que acompañó a mi hija hase tres noches? Lo saco por la pinta; tié usté la misma que eya me dió: guapo, con tipo de violinista, o poeta, y hablándose como un libro.

—¡Ay! señora...

—¿Qué?

—¿Se burla usted de mí?

—¡Jesú! Dios me libre. Haga er favó de entrá.

—¿Está?... ¿No es su hija?

—Sí, hombre, la misma. Dígalo usté; una que escupe y le cae a eya. ¡Así es de arta el arma mía!

—No importa. ¡Es muy bella!

—Hijo me ruborisa usté. ¡Así está eya!

—¿Sí?... ¿Y...?

—¿Pregunta usté por eya? ¿pues no está en casa. ¡Trabaja tanto la pobresita!. Pero tardará muy poco. Bien me ha encargao que si venía usté que la esperara.

—¿Eso?...

——Digo! Mi Rosa está segura de que vendría usté; aunque sin afirmar qué día, porque dos seguiitos se ha quedao embromá.

—Sí, sí... Me voy, señora.

—Eso si que no.

—Lo necesito. Me voy. Pero empeño mi honor en que he de volver. Vendré a verla, porque es suficiente que ella lo mande.

—Por eso me quedo yo atontá si se me escapa usté. Es muy seria en sus cosas, aunque se burle un mijiya argunas veses. ¡Con usté la hiso buena! Le dijo que era casada.

—¿Y no lo és?

—¡Jesú! ¡Quién va a quererla tan menúa?

Responder quiso Ernesto orgulloso: «¡yo»!; pero contuvo su alegría. Era una mata de tembleque. No se aguardaba, no. Quería serenidad. Pero volvería... Y abandonó la casa queriendo con delirio a la muñeca. Sin una duda, sin una sombra: era su sueño. ¡Imperiosa! Vivía segura de que él iría a verla. ¡Qué bendición de vida! Le transportaron a la gloria.

VII

Una hora después, enojada y llorosa, la muñeca reñía con su madre. No había estado bien que le dejase ir. Ya su interés tenía cierta razón: desde la noche en que le habló, venía pensando en él, como se piensa obsesionado en un deseo benéfico. Tan dada era a la superstición que sus presentimientos los tenía por cosas hechas. Y habiendo presentido que la quería Ernesto ya anticipaba a mandar viéndose vencedora.

Pensando en él estaba cuando llamaron a la puerta. Le brincó el corazón y apresuróse a abrir. «¡Rabia!». Se equivocó otra vez. Y volvió a equivocarse: le habían llevado un «continental» que ella creyó de Ernesto, ya que Ernesto en persona no se le presentó, y el tal «continental», le hablaba de trabajo. Decía así:

«Estimada señorita: Le agradeceré »que se pase por mi casa, Ferraz, 85, piso cuarto, que necesito de su servicio. Amigas mías me hablan muy de usted. Esta tarde a las seis. Su amiga desde hoy, Blanca Luque de Ochoa».

«P. D.—Le ruego que use el ascensor».

Encoraginada como estaba, le hizo gracia el final y desbordó la risa.

VIII

No eran las seis aún, cuando bajaba de un tranvía frente al 85 de Ferraz la dulce manicura. Como se le rogó necesariamente, hizo uso del ascensor para subir a un piso cuarto. ¡Lo merecía la cosa! Llegó con prisa deseando volar y concluir lo antes posible la visita. Subiendo, el ascensor le parecía un asno tardo, pesado e irritante. Ya en su destino llamó precipitadamente. Tardaron en abrirle y dió un pequeño escándalo con el timbre. Antes de que le abriesen la puerta recibió una cariñosa oleada de esencia de violeta. Esto la hizo sonreir con voluptuosidad. «Excelente señora había de ser»... Y le resultó como creyó espontáneamente. Le franqueó la puerta una señora joven, rubia, elegante, gentil... La sorprendió con el cabello desordenado y las pupilas húmedas de llanto, e interrumpió algo turbada el saludo. «No podía ver tristezas».

—Señorita!—le habló la dama rubia—¿es usted la manicura?

—Servidora de usté.

—Pues tenga la bondad.

Le hablaba y la partía con la mirada. Por semejante coco! Diéronle ganas de reir despreciativamente; pero el dolor le ahogó la risa. No hay objeto enemigo, por mezquino que sea, que provoque la burla, una burla serena, sin envidias ni odios, si ese objeto pequeño ha obtenido un triunfo sobre quien desearía reir, burlarse y despreciar. La magnífica rubia, teniendo cerca a Rosa, sin esencias ni sedas, modesta como el alma, se mordía a sí misma huillada y sin fuerzas. En contra de su gusto la pasó a un gabinete amplio y desordenado y rico en preciosidades: flores, juguetes, porcelanas, tanagras, camafeos, pergaminos, muebles de un tiempo antiguo, lienzos valiosos, bellos tapices... muchas cosas de arte. También sobre un testero de mármol negro, había un busto de bronce... Allí dejaron sola a la criatura diminuta, en espera de que saliese a recibirla Blanca Luque de Ochoa. La hermosa rubia no lo era...

El corazón mejor, más humano y piadoso, congestionado de alegría o de amargura, pierde la corrección. Exacerbado y aturdido, es un autómata, un inconsciente. Hiere o alivia sin precaver nada. Y es así como obró el corazón de Ernesto, lúcido en un instante para puntualizar una venganza contra Rosa.

He aquí: María-Luisa le halló en el apogeo de su delirio y se llevó la puñalada, el hachazo, la muerte... Ernesto le anunció que era feliz como cosa del cielo; ¡que amaba a una mujer! Esto bastó para mortificar a la espléndida rubia. Mas hubo más; aún recibió peores martirios. Ernesto, enloquecido tomó por confidente a María-Luisa, la que oyó como si la cruxificase, todo el proceso del enamoramiento del artista. Y se enteró también de la diablura preparada, de todo. Y no era él quien hería, el Ernesto de siempre; era el encarcelado de una ilimitada exaltación. De aquí que ni le agradeciese que entrase a decirle:

—No la hagas esperar... Adiós... Dame el último beso...

No se opuso, pero besó con labios fríos y el alma ausente. María-Luisa, no obstante, se hizo daño al besarle. Le apretó con locura.

—¡Adiós...!

Dejó a Ernesto en su estudio, impotente, miedoso. Tenía a Rosa en su casa traída por él mismo, valiéndose de una broma, para vengarse un poco de las burlas primeras, cizañadoras y terribles, que le gastaron a él. Pero... «¿Cómo le sentaría?» Sentíase arrepentido, temiendo que le fruciese el ceño, o que le riñera. Rosa podía desconcertarle con un gesto de enfado. Le absorvía... Al fin, palpitante, con paso lento, atravesó un pasillo y llegó al exterior del gabinete donde la manicura hacía antesala. Se detuvo en la puerta, cubierta toda con terciopelo rojo abrible por el centro. Allí aplicó el oído, lamentándose de su respiración...

IX

La «comino» al quedarse sola, se sintió algo oprimida, de pie, pensando, a no mentir, en que debía haberle preguntado a la señora guapa por el motivo de su tristeza. «No es ley de Dios que sufra nadie»... Más reflexiva terminó creyendo que aquello sería algun enojo familiar incongruente y sin importancia. ¡Bah! En seguida acordóse de la otra: de la que la llamaba. Si era igual que a la rubia en hermosa la serviría con esmero. Por instinto le gustaba lo bello allí donde estuviese; en arte o en criaturas. Tan era así, que procuraba no tener una fea en su clientela. Algo cruel en este extremo se decía: «¿para qué quieren las feas llevar las uñas bonitas?» ¡Qué coquillo! Tenía cosas originales graciosísimas. Dándole vueltas a tan pícara idea, pensó, a la par, en la sencilla conveniencia de sentarse. Y así lo hizo...

Pero por un par de minutos; porque dióse cuenta bien a las claras que se hallaba en un sitio encantador, lleno de «monerías» Y levantóse de nuevo para dedicarse a admirar los objetos. «¡Qué delicados eran!» Tropezó con algunos que la invitaron a cogerlos para verlos mejor. Paso, tras paso, llegó a un pedestalito, sobre el cual, con los tallos hundidos en un tarro de plata, presumía, flamencón, un gayo ramo de claveles, todos como la grana y de hojas rizadillas. Esto la acabó de encantar. Los miró embelesada y terminó por acercarles la cabeza, oler uno por uno y crugirles un beso. ¿Los quería como a niños?

Si al besar hace un ligero movimiento hacia la izquierda, se encuentra con Ernesto. Este habíase asomado, volviéndose a esconder. Y era en quien menos pensaba en aquel momento, «la perita». Ahora estaba abtraída con todo lo que había frente a sus ojos, abstración que acabó al avanzar dos pasos. Se quedó en el segundo poco menos que helada, sin bríos para pestañear. ¡Qué era aquello! Tenía delante el busto de bronce. «¡El allí!» ¿Era un calco de Ernesto? ¡Tú aquí! exclamó a poco hondamente nerviosa y dolorida.

En el terciopelo de la puerta se abrió un cuchillito. ¡El terciopelo se mecía!. Quien estuviese cogido a él sufría un temblor irrefrenable.

No lo notaba Rosa. En su imaginación una aviesa tortura levantó un pensamiento aterrador. ¡Su casa! ¿Y será su mujer la rubia?... Se estremeció iracunda; mas la detuvo un hilo... Sintió la comezón de derribar el busto, de pisar, de arañar y de huir del infierno. ¡Ya era el infierno aquello! Pero de pronto otra idea la hizo sonreir, con la sonrisa hermosa de una resurrección. «No era posible»... Cuántos presentimientos la asaltaron aquel día fueron equivocados. Supersticiosa, también consideróse equivocada en el caso presente. «El no tenía a nadie»... El era suyo, de ella, porque ella le quería».

Absorta en tal resolución, sin cavilar, sin querer deducir... aproximóse al busto. Le miró de hito en hito, llevándose a los ojos toda su alma. «Era guapo... gracioso... nobletón...» Embebida le apretó la cabeza con sus dedos temblones. Le sonreía, le hacía muecas de niña. Era una gata zalamera, rica como un juguete, acariciando a un dios. «Feo... tunante... feísimo...» Vehemente, extraviada, besó al busto en la boca.

Violento penetró el «busto» en vivo. Y reparó en él la bruja, que encogióse de miedo, y se cubrió los ojos con las tapaderitas de sus manos. No había exhalado exclamación alguna. Aquello fué tremendo... El no anduvo un paso más de los precisos para hacerse visible. Había sentido el beso en las entrañas. Y el exceso de bien creía que le mataba... La escena preparada para burlarse dulcemente de su «nena» le fracasó. No tenía carácter para hablar y menos para bromas. Lo que sentía en aquel instante, venturoso y supremo, eran ansias de hacer lo que Rosita le mandase: arrastrarse o besarla, matarse o darle gloria, embriaguez o dulzura de santa comunión.

X

Transcurrió el tiempo. Ernesto y Rosa son matrimonio, dos criaturas felices. El, es el hombre enloquecido, cariñoso, amante, porque se siente dominado, porque ve engrandecida su ansia de disciplina, de obediencia amorosa. Era lo conseguido, por lo que vió el sentimiento primordial de su modo de ser, de su alma. Satisfecho y alegre se hizo creyente; desechó el pesimismo sistemático, entró en su corazón una luz bienhechora.

Cuando pensaba en él mismo, contrastando su vida—los días que vivía y los días vividos—se hacía la conclusión siguiente:

«Cabe armonía en las almas. Lo triste está en buscarla. Todos tenemos, al nacer, predestinada, un alma agena que puede bendecirnos. Pero el tremendo torbellino de la vida suele esconderla casi siempre. De aquí que sea difícil encontrarla. Los que la tienen no la buscaron. La vieron en momentos imprevistos: en un teatro, en la calle, cogiendo rosas en un jardín, bordando en una reja, viendo un escaparate, socorriendo a un mendigo... en cualquier parte y en cualquier hora, porque Amor es así despreocupado y bello. El quid de la ventura es el encuentro; que el destino nos lleve, sin decírnoslo antes, a un cielo esplendoroso».

Creía... creía... Era feliz como un iluso. Y todo con su Rosa, su dominanta y su tirana, siendo tan dulce y tan chiquita físicamente peor, menos magnífica que aquella María-Luisa y que otras muchas bellas que adoraron a Ernesto, mozo, noble y artista nacido para amar en las ternuras de un sosiego. Y «el detalle de Rosa» los «infernales» ojos que le hicieron creer, se agigantaron para siempre en las eternidades de su alma. Eran los ojos de su ángel, ángel íntegro y juguetón, amoroso y perfecto. Su nueva vida, encantada y dichosa: ¡la posesión de un juguete!.

Y ella no era menos feliz. Desde que unióse a él no volvió a avergonzarse de ser una perita. Ahora reía, diciéndole al esposo:

—Mi nene, te gasto menos tela...

DE NUESTRA COLABORACIÓN

EL DEBER DEL TRABAJO

por Luís de Zulueta

Poco a poco, en las modernas tablas de los principios morales van dibujándose unas máximas nuevas: El trabajo es un derecho. El trabajo es un deber.

Máximas nuevas y viejas. Estaban ya en San Pablo y en Santo Tomás. «Que no coma el que no trabaje...». Para el doctor de Aquino, el trabajo es una obligación impuesta por la ley natural. Pero las corrientes contemporáneas, llegando hasta la legislación de los Estados, tienden a dar un más decisivo alcance social a estas doctrinas.

No se trata de las antiguas leyes contra la vagancia. La vagancia que, como delito, se viene penando en algunos Códigos, es la de aquellos individuos que no tienen domicilio conocido ni medios de subsistencia. Puede caer el castigo sobre el mísero errabundo que no encuentra ocupación. Escapan, en cambio, a la ley, revestidos de todos los honores sociales, el vago aristocrático y el holgazán opulento.

Mas hoy la sociedad empieza a sentir que, si el trabajo es un derecho, el trabajo es también un deber. Así, en las modernas legislaciones, mientras, por una parte, se indemniza al obrero sin colocación, mediante un subsidio de paro forzoso, se va afirmando, por otra, aunque todavía débilmente, el principio del trabajo obligatorio. Este principio se ha hecho efectivo durante la guerra europea, cuando las naciones se vieron forzadas a dar de sí el máximo de su actividad productora. ¿Por qué no ha de irse extendiendo, lentamente, a los tiempos normales? Ya son un comienzo de esa orientación, en muchos países, las nuevas leyes fiscales que desgravan los impuestos sobre el producto del trabajo, y recargan los tributos sobre las tierras no cultivadas, el lujo inútil y las rentas ociosas.

Ahora, en la Academia de Jurisprudencia de Madrid, ha dado don Alvaro López Núñez una interesante conferencia acerca de «El deber moral del trabajo». Para el distinguido sociólogo el trabajo es una obligación ética. No solamente ha de trabajar el hombre cuando así lo reclame su utilidad individual. No. «El hombre que vive en sociedad!, consume necesariamente los frutos del trabajo ajeno, siendo una necesidad, que él, a su vez, contribuya con su propio trabajo al consumo de los demás.

¿Cabe convertir este deber moral en un deber jurídico, cuyo cumplimiento exija el Estado? La pereza, que es un pecado capital, ¿puede hoy trocarse en un delito?

Por de pronto, ya hay una Constitución, la Constitutción de Rusia, de 1918, en la que se inscribe el principio del trabajo obligatorio. Y el Código ruso del Trabajo lo ratifica en su título III, determinando los casos especiales en que esa obligación podrá ser impuesta a todos los ciudadanos, desde los 18 años hasta los 45, en los varones, y hasta los 40 a las mujeres.

También en otras naciones europeas, aun en las socialmente conservadoras, hallaríamos textos legales, expresión de la misma tendencia. No la identifiquemos, no, con el extremismo bolchevique. En formas más o menos radicales, la doctrina de la obligación del trabajo se va abriendo paso en el espíritu de los modernos legisladores de diversos partidos, desde la roja izquierda socialista hasta la blanca derecha de la democracia cristiana. Todos coinciden ya en afirmar, que más o menos exigible por la fuerza coactiva de un Código, el hombre tiene el deber del trabjo.

Pero, añadamos ahora que no tiene solamente este deber del trabajo. Tiene también aunque parezca raro, el deber de la fruición. La vida no sólo está hecha de trabajo y de descanso, ya que el reposo es una cosa meramente negativa. La vida gira sobre los polos correlativos: el trabajo y fruición; producción y consumo; labor y goce; ocupación y libertad; tarea y juego; creación y disfrute; coser y cantar; yunque y lira; noble sudor y nobles ocios. El mundo es, juntamente, un taller y un jardín.

No digáis que el deber de la fruición lo cumple fácilmente todo el mundo. Nada más inexacto. Hay muchos que saben ganar y no saben gastar. O atesoran con avaricia, o tiran neciamente su dinero. Hay muchos que saben trabajar y no saben solazarse. O se aburren como troncos o se refocilan como bestias. No es tan común gozar con las cosas bellas y elevadas de la existencia humana. Y donde el placer no tiene un ambiente de elevación y un aroma de belleza no es verdadero placer.

«El hombre—dice Croce en su «Filosofía de la Práctica»—es un creador de vida y no un consumidor de placeres»... Completemos el pensamiento. No es el hombre solamente un consumidor de placeres, pero tampoco es sólo un creador de valores vitales. Quien no consuma cada día su ración legítima de fruición humana, difícilmente será el creador de una vida completa. Su mismo trabajo resultará triste, sórdido, estéril. Lo deplorable es que haya todavía en la sociedad productores que apenas puedan ser consumidores, y, de otro lado, consumidores que apenas quieran ser productores. Unos y otros sufren, sin embargo, en sus vidas mutiladas; porque, sin el trabajo, el goce es una sombra, y sin la compensación del debido disfrute, el trabajo es una esclavitud. Esclavos, en realidad, son unos y otros; los unos, de sus deleites y sus vicios; y los otros, de su forzada labor. Y, como cantaba nuestro poeta romántico:

«Unos cayeron beodos,
otros de hambre cayeron,
y todos se maldijeron,
que eran infelices todos.»

Nuestra actual civilización, es hija de otras dos, por fortuna, en cierto modo contradictorias, ya que en esa fecunda oposición de ideas adquiere la vida humana toda su dramática intensidad: la civilización helénica y la civilización cristiana. La primera, desdeñando—aunque sólo sea en algunas de sus épocas—el trabajo como indigno de hombres libres, nos reveló el alto secreto del ocio con dignidad, de la aristárquica fruición del saber y de la belleza. La segunda, aunque a veces, recelosa ante el goce del vivir, rehabilita en cambio, al trabajo, iluminando con resplandores inmortales el taller del carpintero de Nazaret.

Una síntesis de ambas civilizaciones propenderá a desarrollar en todos los hombres la conciencia del deber del trabajo útil y del deber de la noble fruición, para que la sociedad se equilibre en el fiel de la justicia y para que la vida alcance toda su armoniosa plenitud.

LUIS DE ZULUETA

(Reproducción reservada).

Un episodio parlamentario en Francia

SINTESIS, EL OPTIMISMO CONVALECENCIA Y, COMO CISMO, LA UNIVERSIDAD, LA LA EDAD, EL VINO, EL LAI-

Al reanudarse las sesiones en la Cámara francesa, vacante el sillón presidencial, hubo de ocuparlo el profesor Pinard, el más viejo de los diputados.

El profesor Pinard, tiene un perfil «quijotesco». En sus trazos fisonómicos adivínase un alma infantil no desprovista de energías, después de oir su discurso de circunstancias, parece que se haya leído un pequeño tratado de esa literatura llamada estimulante, a que son aficionados los autores norteamericanos. El doctor Pinard, no obstante sus años, habla en tono de juventud. Cuestión de apellido. El vino—pinard—se ha hecho añejo en su organismo, y a la fuerza natural del vino se añaden la de los años. Muy bien por el viejo profesor que en estas horas de decaimiento, habla lenguaje de optimismo. Un lenguaje que cuadra en el Palais-Bourbon.

«Acaso os sorprendáis—comienza diciendo—si os aseguro que hoy me encuentro más impregnado de optimismo que nunca...» Y estas palabras, expresadas ingénua y bondadosamente desde el sillón presidencial, son ovacionadas por aquellos hombres que representan la voluntad de Francia, que quisieron participar del optimismo del anciano doctor, que tal vez llevan superpuesto en su alma, agitada, inquieta y vacilante.

M. Pinard, habla de la paz, de la Sociedad de Naciones, de Ginebra, de Locarno, de Thoiry, de los Tratados, del Nuncio de Su Santidad, de Doumerge.

Y luego se mete en las cosas interiores para alabar a Poincaré y a Herriot, por quien siente devociones paternales. Pinard, todo lo ve a través de un prisma generoso. «Al llamar Poincaré a Herriot para formar parte del Gabinete—exclama—demostró conocer a Herriot profundamente». ¿Cómo es Herriot? El viejo diputado encuentra el mejor retrato del expresidente y exjefe radical socialista en sus propias palabras pronunciadas en Tarbes. «Nuestra Madre común, Francia, Patria. Muchos de sus buenos hijos han hecho por ella el sacrificio de su vida. Bastante menos se exige de nosotros...»

Pinard relaciona esta frase con una definición de Jaurés, sobre el valor y pasó después a saludar al gran universitario, Ernesto Lavisse y a exaltar el laicismo. Lo hace en términos usados hace treinta años, que hoy parecen apartados de la moda; pero con una buena fe tan admirable, que los propios adversarios han de poner respeto en sus juicios. El ministro de Instrucción, le ofrece garantías de laicismo y Pinard remarca su optimismo, eje del discurso pronunciado «por razón de edad».

El viejo profesor no quiere meterse con las finanzas. Dice que no es doctor en cuestiones económicas y que no se atreve a disertar; pero no deja de ser optimista: el franco se ha levantado y se sostiene. Pudiera ser que la Madre Patria estuviera en convalencia. Mas no duda de que desaparecerá la palidez de esa inyección de hijos sanos y vigorosos que recuerdan las generaciones caducas.

¿Generaciones caducas? El buen diputado no repara que esas generaciones son las que prepararon la grandeza de Francia, resucitándola después de la guerra del 70 y salvándola cuando la guerra del 14. Esos viejos optimistas que se van, han sido el nervio de la Patria francesa. ¿Lo serán tan acertadamente los que vienen?

Por eso el discurso de Pinard, ingénuo y atropellado, habrá merecido irónicos comentarios, rayanos en la rechifla según en qué sector parlamentario. Pero contiene en su fondo un valor de entusiasmo que por fuerza recoge el respeto de los más.

Saltan a la pluma, jugando sobre el apellido de Pinard, conceptos de sabiduría popular española sobre las odres viejas y el vino nuevo. Ellos nos llevarían a tratar el tema con una seriedad un tanto impropia del tono empleado por el simpático profesor accidentalmente sentado en la preferencia de la tribuna francesa, y de los juicios amables emitidos por sus compañeros y por la Prensa. Quédense para otra ocasión y bebamos una copa de vino tinto a la salud del viejo optimista y para que goce muchos años de vida como símbolo de una generación que alcanza toda la historia de la tercera República.

La II expedición de catalanes a Oriente

LA ESTANCIA EN STAMBUL

por Casimiro Giralt

XXIV

El azul—el más brujo de los colores—, no se produce en la paleta del artista en su gradación más bella. Jamás mago alguno del color supo sorprenderla para inmortalizarla en sus lienzos con el pincel del genio.

Es la luz del milagro. Nace en la llama del genio, en el nimbo de gloria que aureola el mártir, en la lengua de fuego del corazón abrasado del enamorado, en la sangre hecha llama viva del héroe...

El «azul de maravilla—este debe ser su nombre—, es el azul que nace... en el glorioso y fugitivo instante de su nacimiento.

Este momento, en la Naturaleza, tiene un nombre sonoro: Amanecer. Es el despertar de la luz, violando la sombra, en una posesión lenta y perfecta. Es el momento en que el spécimen del azul se diluye gloriosamente en el espacio y baña tierra y mar con tonalidades de ensueño..

Fué en el misterio de este momento, en el más opulento de los amaneceres, que el buque que conducía a la farándula barcelonesa, embocó el puerto con marcha lenta y silenciosa. Nuestra buena estrella nos deparaba la visión del milagro hecho realidad, la llama azul que al envolver a la famosa Bizancio, debía prender en nuestras retinas, sepultando en ellas la visión más espléndida que contempló mortal alguno.

Ante nuestros ojos atónitos, se ofrecía el panorama de la vieja Stambul, asentada como Roma la inmortal, sobre siete colinas, arullada por el Bósforo y dormida aún en azuladas claridades de ensueño.

Frente a nosotros, a uno y otro lado del puerto, cruzado por dos puentes de hierro, y junto a la famosa bahía «El Cuerno de oro», a cuyos lados se encuentran los dos núcleos más importantes de la población—Stambul y Galata-Pera—, en una inmensa gradería multiforme y polícroma, se elevan las torres, los palacios con sus macizos de verdor, los grandes domos de las mezquitas, los gráciles minaretes y las pesadas moles de las fortalezas antiguas.

Y así, reproducida la visión prodigiosa hasta siete veces, por otras tantas colinas de flancos verdeantes y de prominencias tan seductoras como las torres de las viejas murallas con sus puertas vetustas, el castillo de las siete Torres; las murallas y la Puerta del Serrallo; la Sublime Puerta, Santa Sofía la Mayor, obra maestra por excelencia del arte bizantino; Santa Sofía la Menor, y las mezquitas de Ahmed, de Nuri Osmanié, la de la Sultana Validé, la de Solimán, la de Mahomed II y centenares y hasta millares de ellas elevando al cielo la gallardía de los minaretes y el rosario de sus pequeñas cúpulas y sus cintas de baluartes, alrededor de las gigantescas tortugas de los domos.

Jamás podrá borrarse de nuestra memoria tan prodigioso espectáculo. La llegada a Constantinopla, por el puerto, descubre un panorama que no tiene rival en el mundo por su belleza imponderable. No en orden de parecido, naturalmente, pero sí por la honda impresión que deja en el espíritu, por la imperecedera huella que deja en el recuerdo, puede comparársele con la llegada a San Pablo del Brasil y a la visión maravillosa de las lagunas venecianas con las islas de San Georges y de Gindecca, desde el balcón de la Sala del Gran Consejo, en el Palacio de los Duques...

El «Teatro Francés» situado en Pera, en el sitio más céntrico de la capital, acogió al espectáculo de «Mujeres y Flores de España», con singular entusiasmo. Las funciones se contaron por llenos. Como en El Cairo, como en Alejandría, las músicas españolas invadieron las calles y las orquestinas de los hoteles, cabarets y dancings, las popularizaron a los pocos días.

La penetración de España en la capital otomana, era un hecho. La conquista estaba consumada. España por el sortilegio de unas músicas alegres y de sus mujercitas incomparables, había penetrado donde llegar no pueden los ejércitos invasores en sus conquistas más completas y soñadas: había penetrado en el alma del pueblo, en la propia entraña de la raza, sobrecogiéndola de emoción y apoderándose de su voluntad y de su espíritu, en el que quedaría imborrable la huella de aquella famosa expedición de comediantes españoles que un día hicieron desfilar ante sus ojos su arte de occidente...

CASIMIRO GIRALT

Notas musicales

EL FESTIVAL INFANTIL DE HOY

Hoy domingo, a las cinco de la tarde dará comienzo en Olympia la primera «Festa dels infants», a cargo de una masa de alumnos del maestro Llongueras, que en algunas de las composiciones pasará de 300 niños y niñas. El programa de esta interesante sesión infantil es el siguiente:

Primera parte: El joc dels pilons i Au, au, la neu!, Jacques Dalcroze; El joc dels rams y Ronda de la núvia, Joan Llongueras.

Segunda parte: Les gestes de kes nenes; El mocador; Son deu noies per casar; El joc del ciri, Llongueras.

Tercera parte: Ronda de la jardinera, Dlacroze; El joc de les bombes; Les figures del pessebre, Llongueras. Las últimas obras de la segunda y tercera parte serán ejecutadas en la pista de Olympia y cantadas por más de 300 voces.

Como es sabido los niños y niñas que concurran a esta sesión serán obsequiadas por la casa «Esteve Riera» con exquisitos bombones de chocolate. El reparto de bombones se verificará a medida que los pequeñuelos entren a la sala.

«CONCERTS BLAUS» A TARRASA

«Concerts Blaus» están organizando la segunda serie de sus exquisitas sesiones tarrasenses, que, como la primera, constará de tres interesantes conciertos. Actualmente está gestionándose la contratación de los artistas a los cuales se encargará cada una de dichas sesiones, pudiendo desde ahora asegurar que se confiarán a solistas y agrupaciones meritísimas.

Es casi seguro que una de estas sesiones irá a cargo de la eminente pianista rumana Clara Haskil, figura de gran prestigio, altamente elogiada por la crítica musical europea y americana, en ocasión de su brillante tournée actual por los Estados Unidos, la cual empezó a finales del mes de noviembre.

FRANCISCO COSTA

El admirable violinista catalán, tan querido de nuestros filarmónicos, ha sido llamado por la Asociación de Música de Villafranca del Panadés para deleitar a sus socios con un magnífico concierto, que tendrá lugar en aquella población el próximo miércoles, día 19 de los corrientes. Colaborará con el gran violinista el pulcro pianista Federico Longás.

UN NUEVO Y FANTASTICO EFECTO EN LA SEGUNDA VERSION DE «JOY - JOY»

El público, unánimemente, ha convenido en afirmar que jamás se había presentado en Barcelona un cuadro de la fastuosidad y buen gusto de «Una orgía de plumas», y eso que lo había visto incompleto, pues a consecuencia de dificultades en los transportes ferroviarios, motivadas por su gran tamaño, no habían llegado todavía de París, dos de los modelos más importantes y más bellos: el monedero y la sombrilla.

Llegaron al fin ambos modelos, y en la función del viernes por la noche fueron presentados al público, que quedó sorprendido por la novedad y maravillado por su belleza.

La aparición de la monumental sombrilla de plumas fué acogida con un murmullo de admiración y una salva de aplausos, y cuando, a continuación, apareció el grandioso bolso de plumas, en cuyo interior va una bella señorita, y cuyo cierre está formado por otras dos hermosas muchachas, se desbordó el entusiasmo del público.

Realmente, ambos modelos son preciosos y constituyen un derroche de esplendidez que avalora todavía más el grandioso cuadro «Una orgía de plumas», con que finaliza la segunda versión del «Joy - Joy».

El tenor Casenave forma compañía y se va a América

El tenor Casenave ha formado una compañía, que en breve embarcará en Vigo con rumbo a la República Argentina.

Figuran en dicha compañía Carmen Peris, María Téllez, Diego Valero, Manolo Hernández, Luis Antón, Eduardo Garro y Pilar García.

Esta compañía actuará en el teatro Mayo desde la primera quincena de marzo.

Toscanini, enfermo en Nueva York

El concierto que el maestro Toscanini había de haber dado el jueves pasado en Carnegie Hall, con la Sociedad Filarmónica, ha sido aplazado por sufrir el eminente director una bronquitis.

Berta Singerman se hace actriz

La esclarecida recitadora Berta Singerman, que hasta hace poco ha actuado en Méjico, antes de salir de aquella capital ha anunciado su propósito de formar una compañía de comedias, en la cual ella será la primera actriz.

Mado Minty

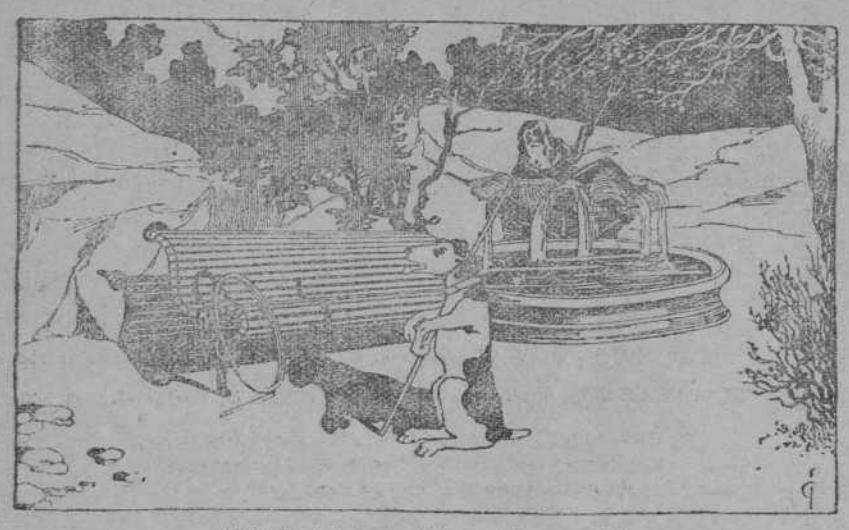
La escultural bailarina Mado Minty, conocida en Barcelona por haber tomado parte en las revistas del Principal Palace, ha terminado su actuación en el Empire, de París.

«El revisor», de Gogol

Se van a representar en París dos versiones de la famosa obra de Gogol «El revisor», una traducción literal por los Pitoeff, y una adaptación de Julia Delacre.

PAGINA INFANTIL

ROMPECABEZAS



¿Dónde está el dueño del perrito?

EL POR QUÉ DE LAS COSAS

¿POR QUE CRECEN LOS ARBOLES DE ABAJO ARRIBA?

La primera respuesta a esta pregunta es que el árbol no se eleva únicamente. Una parte, en efecto, avanza de arriba abajo: es la raíz. Cada parte del árbol se dirige hacia el sitio en donde mejor pueda realizar la misión que la Naturaleza le ha encomendado. En la semilla, de donde proviene la planta, existen células destinadas a formar la parte que está destinada a vivir al aire y a la luz; avanzará hacia donde quiera que haya luz. En cambio, hay otras células que evolucionan mejor en la obscuridad y que hasta parecen experimentar la influencia de la atracción de la tierra, de manera que tienden a hundirse.

Es posible hacer experimentos con las plantas, por ejemplo ponerlas en sentido invertido; pero, por regla general, la planta luchará por volver a la posición primitiva y si no muere en el intento, se verá que al cabo de algún tiempo, la raíz vuelve a penetrar en el suelo y las hojas buscan la luz.

Esas dos partes distintas no pueden existir la una sin la otra; se complementan mutuamente, y mientras la hoja toma el oxígeno del aire, la raíz absorbe el agua y asimila las sales de la tierra.

¿POR QUE VEN LOS GATOS EN LA OSCURIDAD?

Nadie puede ver en la oscuridad completa, es decir, cuando no hay sitio alguno de donde pueda provenir la más pequeña iluminación; pero, por lo general, cuando se habla de oscuridad, se quiere decir que son tan escasos los rayos luminosos, que el hombre no alcanza a apreciarlos. Eso se debe a la constitución de nuestro ojo, que no puede adaptarse a una marcada falta de luz.

Pero hay algunos animales que poseen la facultad de ensanchar a voluntad la pupila y de esa manera aprovechar las más lijeras ondas luminosas. Tal ocurre con el gato y el tigre; y si observamos los ojos de un gato cuando se encuentra en la oscuridad, veremos que la pupila está enormemente dilatada. Un haz de rayos, por muy pequeño que sea, penetrará hasta el fondo del ojo y obrará sobre el delicado sistema de redes nerviosas que transforman en sensación visual lo que hasta ese momento eran simples vibraciones del éter.

¿HAY ALGUNA VENTAJA EN TENER DOS OJOS?

Se podría creer que no es necesario tener dos ojos, puesto que vemos igualmente bien con uno que con los dos. Hemos podido apreciar, sin embargo, ya sea en nosotros mismos o en otras personas, que muchas veces se equivocan y en lugar de poner, por ejemplo, un terrón de azúcar en la taza, lo ponen en el platillo, lo que es una falta de apreciación de la distancia. Esto sucedería a cada momento si tuviéramos sólo un ojo. Los dos ojos no miran un mismo objeto desde un mismo lugar, lo miran desde dos puntos de mira distintos y el cerebro toma los dos puntos de mira a la vez, lo que lo ayuda mucho a valorar la distancia de los objetos, gracias a la diferencia que existe entre las dos imágenes vistas por los dos ojos. Es porque tenemos dos ojos que vemos los objetos en tres distintos unos detrás de los otros; una fotografía ordinaria parece chata, pues la cámara no ve, digamos, sino con un solo ojo. Pero si sacamos dos fotografías de algún objeto a la distancia que corresponde a la de los ojos, y si colocamos estas dos fotografías a la distancia debida, mirando con nuestros dos ojos por medio de un simple aparato llamado estereoscopio, vemos la imagen en relieve como si fuera un cuerpo sólido. La vemos como veríamos la imagen verdadera.

¿POR QUE SE TIRITA DE FRIO?

Hay varias excelentes razones para que uno tirite de frío. El mecanismo, diremos, consiste en que el frío, «antes que todo», excita y perturba el sistema nervioso, de igual manera que, por lo general, el calor lo calma. Notamos esos efectos contradictorios del calor y del frío en el caso de un baño tibio o cuando nos zambullimos en agua fría; eso no significa, sin embargo, que el escalofrío tenga analogía alguna con la impresión de actividad que se experimenta después de un baño frío; pero en ambos casos la baja temperatura ha obrado como estimulante. Ahora conviene preguntar si el escalofrío es realmente útil, o si es algo absolutamente inútil y sin ningún fin. Sin duda, puede demostrarse que el escalofrío sirve para llenar las necesidades del cuerpo exactamente del mismo modo que el hambre y, a menudo, hasta que la misma fiebre, aun cuando consideremos esas sensaciones más bien como malas de por sí. El escalofrío nos obliga a comprender que hace frío, pues de otro modo no sería posible advertirlo. Tenemos, entonces, en ello un medio de protección. Después de la primera fase de su acción, un gran frío abotaga generalmente el cerebro. El escalofrío sirve quizá para mantener despierto el cerebro y para indicarle que debe hace algo.

¿A dónde va el viento cuando no sopla?

Esta pregunta nos obliga a analizar desde el principio todo cuanto tenemos que decir sobre el particular. El viento es un movimiento del aire, una corriente como las del mar o como la que creamos al mover la mano en un solo sentido dentro de un recipiente con agua. Si no agitamos la sopa con una cuchara, el líquido permanecerá tranquilo; si no hay nada que produzca una corriente de aire, no habrá viento. La respuesta, por lo tanto, es lógica y sencilla: el viento no va a ninguna parte cuando no sopla. En otros términos podría decirse que el viento no es una «cosa» (como una naranja, por ejemplo), sino un «estado» particular del aire, y que no puede permanecer oculto en ninguna parte; o está presente cuando el aire se mueve, o no existe en absoluto cuando el aire está en reposo.

¿De qué están hechas las nubes?

Uno de los hechos que demuestran que en la luna no hay agua es la falta completa de nubes en las proximidades de nuestro satélite. Por la sola lectura de la frase anterior, el pequeño lector se habrá dado cuenta de nuestro propósito de señalar indirectamente cuál es la respuesta a esta pregunta: las nubes están constituidas por agua. Ahora bien; en toda la atmósfera hay cierta cantidad sin que por ello se formen nubes. La razón es ésta: la mayor parte del agua contenida en el aire se encuentra bajo la forma de gas, mientras que en las nubes se ha producido la condensación en infinidad de pequeñas gotas que, cuando caen a tierra ,constituyen la lluvia. Los sabios se esfuerzan por descubrir por qué dichas gotas unas veces se mantienen en la nube, mientras otras se precipitan bajo la forma de lluvia. (El agua de las nubes proviene de los mares y grandes lagos principalmente, y ha sido evaporada poco a poco bajo la acción del sol).

—*Hoy he sido el que ha contestado mejor de mi clase. He dicho que el camello tenía tres patas.*
—*¡Qué barbaridad!*
—*Pues mire: todos han dicho que tenía dos.*

UNA PESCA MILAGROSA

o EL INGENIO DE ATANASIO

Los amigos con quienes nos asociamos tienen mucha influencia sobre nuestro carácter. Sus virtudes son un perfume que se nos adhiere si estamos en contacto con aquellos que son virtuosos.

SALPICADURAS

—¡Mamá! ¡Llaman!
—Vé a ver quién es.
Al cabo de un momento:
—Es un hombre que trae muletas.
La mamá, distraída:
—Dí que no necesitamos.

⁂

En la estación del ferrocarril:
—¿Dónde va?—preguntan a un avaro.
—A Cañuelas; pero pienso volver mañana mismo.
—Yo también voy, y voy a tomar billete de ida y vuelta, que resulta más barato.
—Yo no, porque si ocurre una catástrofe a la ida y muero, pierdo la vuelta.

⁂

—Mamá me ha prohibido comer mi bizcocho antes de la comida.
—La mía también. Cambiémoslos. Así yo me comeré el tuyo y tú el mío.

⁂

Entre dos niños:
—Me han dado como seguro que en tu colegio, querido, abundan mucho los burros...
—Puede ser—repuso el otro—; en cambio, dicen del tuyo que los chicos son muy listos y que de asnos... ¡sólo hay uno!

⁂

—¿Cómo es que tu ejercicio de redacción sobre el tema «Nuestro perro» es, palabra por palabra, igual al de tu hermano?
—Señor, porque se trata del mismo perro.

⁂

—¡Dicen que el hombre desciende del mono! ¿De dónde descenderán los monos, pues?
—Yo lo sé. Descienden de los árboles.

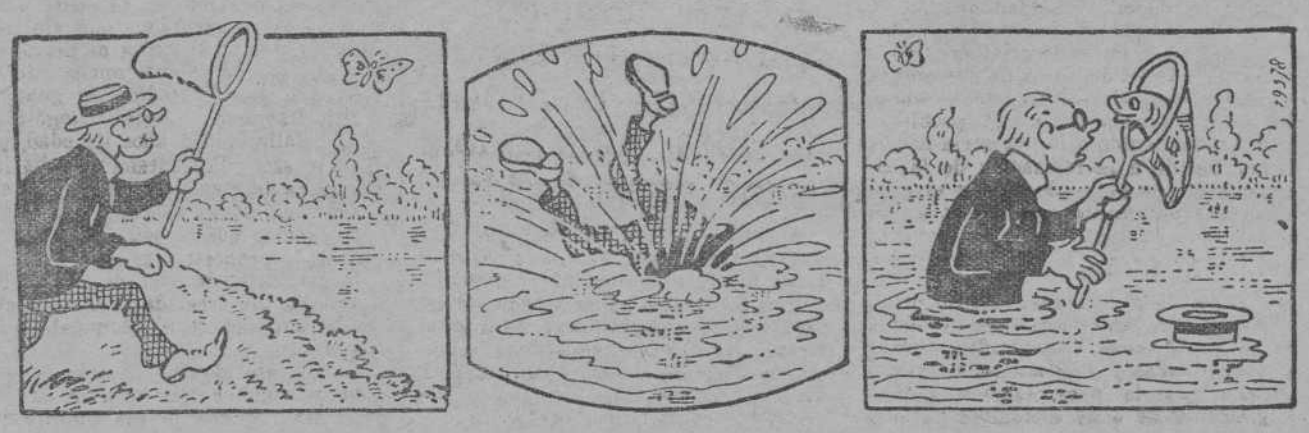
⁂

—¡Me han robado el reloj!—decía el maestro sumamente disgustado—. ¡Si yo pudiera saber quién ha sido el que me lo ha quitado!
—Yo lo sé—exclama Falín, el más pequeño de los alumnos.
—¿Tú? Habla, dí lo que sepas, que la inocencia sólo puede decir la verdad.
—¡Han sido los ladrones!

⁂

El colmo de la pereza:
—Pepito, ya que tienes la boca abierta ¿quieres llamar a papá?

METAMORFOSIS



De cómo una mariposa puede transformarse en un magnífico pescado

—*¿Es buen guardián, tu perro?*
—*¡Ya lo creo! ¡De noche, al menor ruido, no hay más que despertarle para que ladre!*

La niña y la hoja

FABULILLA

Una niña, alegre y feliz, porque se encontraba en vacaciones, había salido a pasear unos días al campo.

Un día, jugando por el jardín, sacó una hoja del canastillo de flores y se le ocurrió olerla.

—¡Oh, qué riquísimo olor!—exclamó—. Dime, ¿eres, acaso, una flor que yo no conozco?

—No, yo no soy una flor—le contestó la hoja.

—¿Entonces procedes de una planta olorosa?

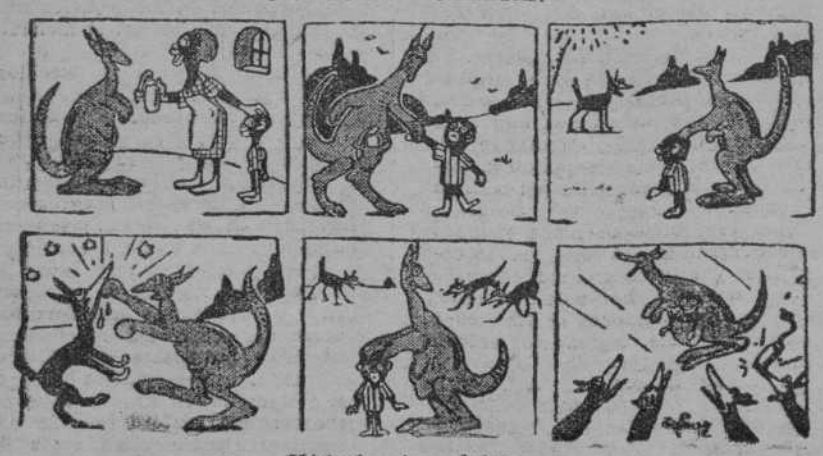
—Tampoco.

—¿Cómo tienes tan buen olor?

—Pues sencillamente, porque he estado mucho tiempo en un ramo al lado de una rosa y he conservado su fragancia.

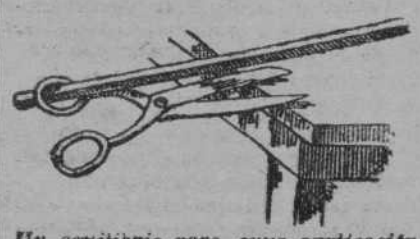
Este es el efecto de la buena compañía. Las buenas cualidades de aquellos con quienes nos asociamos tienen mucha influencia sobre nuestro carácter. Sus virtudes son un perfume que se nos adhiere si estamos en contacto con aquellos que son virtuosos.

UN BUEN GUARDIAN

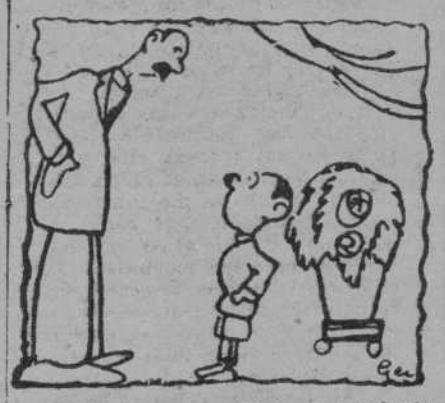


Historia sin palabras

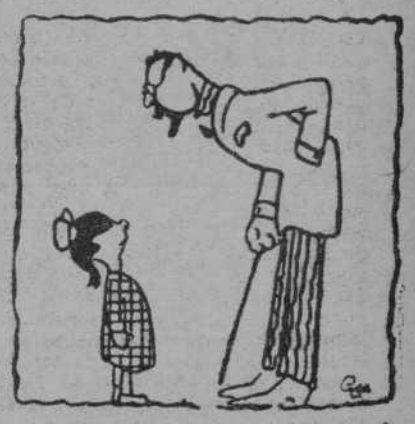
CURIOSIDADES



Un equilibrio raro, cuya explicación, dado el grabado, creemos innecesaria



—*¿Qué es un buen comerciante, papá?*
—*Aquel que vende un abrigo al cliente que ha entrado para comprar un kepis.*



—*¿Está en casa tu papá, nena?*
—*Aguarde, que llamaré a la sirvienta. Ella sabe lo que tiene que responder...*